

COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna.

9.

VARIOS

RINCON DE LOS NIÑOS

CONTENIDO

	<u>PÁGINA</u>
Los animales en fuga , del <i>Standard Reading Book III</i>	3
Del Trópico , de <i>Rubén Darío</i>	10
La campana , de <i>María Isabel Carvajal</i> .	11
El soldadito de plomo , de <i>T. Klingson</i> .	16
La mata de centavos , de <i>Tulio Febres Cordero</i>	17
Traga Piñones , de <i>C. Fernández Shaw</i> .	20
El cuento de invierno , historia de Shakespeare, explicada por <i>Jeanie Lang</i> ..	21
La lluvia, mi hermana... , de <i>Carlos Van Lerberghe</i>	37
El compañero de viaje , de <i>J. Fernández Bremón</i>	38

La abuelita , de <i>Manuel Gutiérrez Nájera</i>	40
El pastor codicioso , de <i>Frances Browne</i>	40
Aves y niños , de <i>José María Zeledón</i> ...	48
El Pastorcillo , cuento popular catalán ..	51
La tórtola , de <i>Epifanio Mejía</i>	55
Historia del carbunclo , de <i>Alberto Mas-</i> <i>ferrer</i>	56
En los jardines , de <i>Enrique Garnier</i> ...	58
El duendecillo fraile , de <i>Fernán Caba-</i> <i>llero</i>	59
Balada matinal , de <i>Manuel Machado</i> ...	60
Un sueño , de <i>Sully-Prudhomme</i>	61
Promesas de la tierra , de <i>Lisímaco Cha-</i> <i>varría</i>	61
La caridad , de <i>Nicanor Bolet Peraza</i>	62
Cuento á Margarita , de <i>Rubén Darío</i> ..	64
Devón , de <i>Modesto Martínez</i>	67
Golondrinas , de <i>Emilio Pacheco Cooper</i> .	71
La historia del girasol , de <i>H. A. Guer-</i> <i>ber</i>	72
Primeras alegrías , de <i>Matilde Bonnesil</i> .	74
Las tres naranjitas , de <i>Vicente Medina</i> .	75
Commiseración , de <i>R. Katalinich Je-</i> <i>retov</i>	77
La plegaria de Isabel , de <i>Aquileo J.</i> <i>Echeverría</i>	77
Las bateitas , de <i>Anastasio Alfaro</i>	78

I.—Los animales en fuga

En un pequeño islote habitaba una vez un labrador con su numerosa familia. Poseían además un caballo y una vaca, un cerdo y un asno, algunas ovejas y varias gallinas. Los niños la pasaban bien y muy contentos, pero los pobres animales vivían una vida triste.

Una tarde, concluido el trabajo del día, el caballo convocó á una asamblea con el objeto de saber si les sería posible mejorar su suerte. Como era el que hablaba más bien, comenzó:

—Mis queridos amigos, todos estamos de acuerdo en que la vida se nos hace muy penosa en este islote. Trabajamos fuerte y comemos poco y de tal modo nos atormentan los niños, que no podemos disfrutar del escaso bien que se nos concede. Cuando vuelvo al anochecer, por ejemplo, muy rendido después de estar tirando del arado el día entero, en vez de dejarme en reposo, se montan sobre mis espaldas y me hacen galopar de una parte á la otra del terreno. Señora Vaca, querríais contar á la asamblea vuestra experiencia?

La señora vaca se levantó lentamente,

moviendo la cola de un lado á otro; habló con una voz agradable y no muy alta:

—Mis amigos, á mí también me maltratan esos niños. Yo les ofrendo sin embargo, como todo el mundo sabe, buena leche, crema, queso y mantequilla; el Señor Cerdo gruñó dos veces, como si dijera: «Muy bien dicho», y el asno, que no quería perder una sola de sus palabras, agachó las largas orejas.

—Sí, continuó la vaca, pero estos niños ingratos y tontos, cuando deben conducirme al campo ó traerme para que me ordenen, siempre me maltratan, me apresuran, arriesgando á que me dé fiebre ó se dañe mi buena leche! No voy á relataros como me azuzan el perro para que me ataque, ó como me apedrean para que galope de la misma manera que lo hacen con el caballo: repito, que arriesgan á dañar mi leche.

Habiendo callado la vaca, el asno se levantó para hablar, pero todo el mundo gritó que tenía la palabra el Señor Cerdo, á quien todos los animales respetaban como á un noble: vivía en una casa para él solo, no trabajaba nada y le llevaban la comida. Como rara vez hablaba, lo tenían también por muy juicioso. En cambio, los rebuznos del asno resonaban por el islote varias veces al día.

—Los niños son verdaderos monstruos pequeños! gritó el cerdo irguiendo su larga cola ensortijada. Vienen á mi casa y me invitan á que salga, lo que siempre hago,

porque pienso:—talvez sea que me traen algo para comer—y como sabéis, mi obligación es comer tanto y tan amenudo como sea posible. Salgo entonces para cumplir con mi deber y esos minúsculos monstruos me asaltan con palos y se desternillan de risa cuando grito: *roan, r-r-roan*.

Así terminó su discurso el cerdo.

—*Clok, klok, klok*, comenzó una gallina, es la verdad lo que dice el Señor Cerdo, estoy segura de ello.

—Calla, mujer! gritó el gallo; las gallinas son para verlas, no para oirlas.

—*Clok, klok, klok*, dijo la gallina, no debo hablar, yo! que pongo los huevos, saco los pollitos y los alimento.

Pero el gallo se enfureció. Le saltó encima y le dió picotazos tan crueles que la hizo huir á todo escape.

—*Kikiriki!* así es como hay que corregir á las mujeres! exclamó agitando las alas.

Los otros animales no se dignaron responderle. Lo hallaban muy mal educado cuando tenía semejante trato para con su mujer; pero no son más que aves, decían.

Era muy tarde y la reunión no concluía. Pero al fin hallaron lo que importaba hacer para el mejoramiento de su suerte. Una vez por semana viajaba una lancha del islote á la tierra firme. Convinieron los animales en que al día siguiente se embarcarían todos y se alejarían del islote para no volver nunca más. Vacilaban solamente las ovejas, opinando que se aguardaran un poco, pues

la yerba estaba deliciosa en la isla aquella estación.

Al otro día, muy temprano, se embarcaron el caballo y la vaca, el asno y las galli-



nas. Esperaron mucho rato al cerdo, pero como no llegaba, se vieron obligados á marcharse sin él. Se había entretenido haciéndose un bucle más en la cola y por eso no llegó á tiempo. Estaba furioso, pues había

oído hablar de los grandes bosques de tierra firme, llenos de bellotas que apetecía mucho; pero ya iba lejos la barca y regresó muy triste á su establo.

Y cómo la pasaron los niños sin los animales? Vamos á verlo.

—Tomás, Santiago, Samuel, gritaba el labriego, vengan á tirar del arado; puesto que ya no tengo caballo, ustedes harán la tarea.

Los pobres muchachos tiraron del arado todo el día, hasta caer de fatiga y de aflicción.

—Mamá, mamá, denos de beber leche! suplicaban cuando al anochecer entraron á la casa.

—Leche! exclamó la madre: de donde la cojo ahora, sin vaca? Vayan á beber agua.

Ni mantequilla, ni crema, ni queso, ni huevos! Cuando las legumbres estaban listas para el mercado, no había asno que las condujera. Eran los niños quienes tenían que llevarlas, cada uno con una gran canasta. Oh! como lamentaban la pérdida del caballo y de la vaca, el asno y las gallinas!

Durante el año, no pudieron asistir á la escuela, ni jugar sus juegos favoritos, trabajaban tan duro que ya no tenían ni tiempo de leer.

En todo ese año no comieron nunca buena sopa de leche, ni pan con mantequilla, ni sabroso pudín.

—Si solamente nuestros queridos y bon-

dadosos animales aún estuvieran aquí! decían.

—Es preciso querer lo que nos queda, dijo la Pequeña.

Cesaron de atormentar al cerdo y lo colmaron de regalos; y el cerdo se puso tan gordo que no podía ver ni aun su propia cola. No le pegaron más á las ovejas y los corderitos se familiarizaron de tal modo, que comían en la mano de los niños, jugaban, danzaban y corrían con ellos.

—Esto es mejor que asustar á las pobres bestias y pegarles, dijo la Pequeña.

Por fin, los hermanos en consulta resolvieron que la Pequeña iría en comisión cerca de los animales para rogarles que volvieran al islote. Se embarcó en compañía de uno de los corderitos y del cerdo que iba propuesto á elogiar el cambio de carácter de los niños. Estaba tan gordo y tan perezoso que fué preciso conducirlo á la barca en una colcha de lana. La Pequeña llevó un puñito de avena para el caballo, trébol para la vaca, un hermoso cardo para el asno y papas cocidas para las gallinas; y así provista, se marchó.

A poco de desembarcar, la Pequeña encontró los animales en la playa; los saludó y les contó por qué había venido en su busca, cuánta falta hacían á su familia y cómo se lamentaban los niños de haberlos maltratado. Les prometió, en nombre de todos, que si regresaban, no serían jamás golpeados sino bien nutridos, cuidados, con las

consideraciones de amigos, de parientes dignos de respeto y de cariño.

La Pequeña hablaba bien porque lo hacía de corazón. Y el caballo se comió la sabrosa avena, acordándose de su caballeriza tibia y confortable y reflexionaba que, después de todo, allí se pasaba bien el invierno.

Y la vaca masculloó el trébol, sintiendo que la Pequeña no hubiera traído más.

—Esto hace buena leche, el trébol! decía.

Y cuando el asno se hubo comido el cardo, gritó: *Hi han!* durante diez minutos por lo menos, tal era su contento, pues no había podido hallar en tierra firme tan buenos cardos.

Por lo que se refiere á las gallinas, estaban dispuestas á irse á cualquier parte y aceptar cualesquiera condiciones con tal de comer todos los días papas cocidas.

Entonces el cerdo pronunció un corto discurso diciendo cuán juiciosos, agradables, serviciales y amables con todo el mundo se habían vuelto los niños.

El cordero no decía nada, pero se le acurrucaba á la Pequeña, y ella le dió un estrecho abrazo, que habló más elocuentemente que las palabras.

—Amigos míos, dijo el caballo, opino que volvamos al islote.

Mugió la vaca, el asno se puso á rebuznar, gruñó el cerdo y cloquearon las gallinas, en señal de mutuo consentimiento. Y todos retornaron al islote.

Qué contentos se pusieron los niños! Sal-

taron y gritaron de alegría! Y cómo festejaron á sus queridos animales; y qué buena comida comieron ellos también esa tarde!

—Buen cuidado tendremos, decían, de que nuestros bondadosos amigos se vean obligados jamás á reembarcarse!

Y así fué. Desde entonces los animales la pasaron bien en el islote, los niños siempre se manifestaron juiciosos y agradecidos para con ellos. Y el cerdo le dijo al asno amigablemente:

—Habéis viajado, habéis visto el gran mundo, decidme si habéis visto algo semejante á mi cola?

El asno agachó sus grandes orejas y gritó: *Hi han!* en un tono tan alto que despertó á la Pequeña que se acababa de dormir.

—Ah! bien sabía yo que nada parecido habíais visto! dijo el cerdo orgulloso, y también se durmió.

2.—Del Trópico

Qué alegre y fresca la mañanita!
me agarra el aire por la nariz,
los perros ladran, un niño grita
y una muchacha gorda y bonita
sobre una piedra muele maíz.

Un mozo trae por un sendero
sus herramientas y su morral;
otro, con chanclas y sin sombrero,
busca una vaca con su ternero
para ordeñarla junto al corral.

Sonriendo á veces á la muchacha
que de la piedra pasa al fogón,
un campesino de buena facha,
casi en cuclillas, afila un hacha,
sobre la orilla del mollejón.

Por las colinas la luz se pierde
bajo de un cielo claro y sin fin.
Allí el ganado las hojas muerde
y hay en los tallos del campo verde
escarabajos de oro y carmín.

Sonando un cuerno curvo y sonoro
viene el vaquero, y á plena luz
pasan las vacas y un blanco toro,
con unas manchas color de oro
por los jarretes y en el testuz.

Y la patrona, bate que bate,
me regocija con la ilusión
de una gran taza de chocolate,
que ha de pasarme por el gznate
con las tostadas y el requesón.

✓ 3.—La campana

El primer día de clases. La campana da
la señal de entrada y todas las chiquillas se
alborotan. La vieja campana que cuelga del
arco de piedra de la gran puerta que da al
patio, llama á las clases.

Qué gran ternura siento por la vieja

campana que hace ya tantos años cuelga del arco de piedra de la gran puerta!

La pátina la tiene manchada en muchas partes; parece que el musgo que adorna el arco de la puerta ha venido también á crecer sobre ella. Entre los intersticios de las piedras, el viento ó un pajarito dejaron caer una semilla y allí ha crecido una *putreoreja* de flores celestes. La enredadera ha descolgado sus guirnaldas florecidas al rededor de la vieja campana. Parece una abuelita á quien los nietos han adornado con flores.

Sus repiques tienen algo de maternal. Sonaron como las palabras temblorosas de una buena abuelita que llama á sus nietos á hacer labor á su lado, para contarles consejas y enseñarles fábulas.

Las pequeñitas, las niñas que llegan por primera vez á la escuela, la han mirado con curiosidad y han sonreído. La vieja campana también les ha sonreído con su gran boca abierta y desdentada.

Las otras la han oído como se escucha á una voz amiga que há tiempo no se oye.

Ya saben lo que esta voz quiere decir: «A trabajar, no seáis perezosillas».

*

La campana sonó. Era la hora del recreo. Sus repiques entraron en las aulas alborozados y alegres como una ronda de chiquillas rubias y juguetonas, que llegaran saltando cogidas de la mano.

La lengua de Margaritilla, que siempre que su dueña escribe sale á curiosoar lo que ésta traza sobre el papel, desapareció entre la boca como una mariposilla rosada que se escondiera entre la corola de una pequeña, purpurina rosa. Y en todos los frescos labios, al sonido alegre de la vieja campana, brilló temblando una sonrisa como una gota de rocío.

Las pequeñinas saltaban y corrían inquietas; por sus ojos y bocas se escapaba á chorros la alegría que retozaba en sus corazones. En todo el recinto se levantó un murmullo como de agua que corre, como de pájaros en el bosque cuando el sol sale y besa las copas de los altos árboles.

Había corros que cantaban *San Selerrín...*, otras *Arroz con leche...* y casi todas las bocas eran ruidos de donde salían rotundos gritos que iban á perderse en bandadas en el aire brillante del mediodía.

Allá arriba, desde el arco de piedra, la campana contemplaba la niñez que se divertía. Ahora no tenía el aire de una anciana abuela sino que también ella parecía una chiquilla. Las ramas verdes de la pudreoreja jugaban con la brisa sobre ella. Qué maliciosa y juguetona estaba con el badajo que sobresalía como una lengua que *hiciera muecas!*

*

La vieja campana tocó la salida. Era el último día de clases. Sus repiques no fue-

ron alegres como una ronda de rubias chiquillas felices ni tenía el gesto malicioso y juguetón que ponía en los recreos. La pudreoreja que la adornara al principio del año se había secado y las vainillas colgaban secas á su lado. Sonaba triste, lenta; su badajo semejaba una lágrima.

Las chiquillas salían gritando sin verla. Qué iban á tener ojos para ella, cuando las vacaciones habían llegado, cuando la Noche Buena se acercaba cargada de juguetes!

«Adiós» decían todas, pero su adiós no era triste y las maestras las contemplaban alejarse, con ojos melancólicos.

Ellas no oían lo que la vieja campana les decía, ni veían el aire de desesperanza y hastío que tenía.

«Adiós, pequeñas», les decía la vieja campana. «Cuáles de vosotras volveréis? Cuántas cabecitas juveniles he visto alejarse y jamás han vuelto! Qué ha sido de ellas? Há muchos años, si supiérais! cuelgo del arco de esta puerta. Desde entonces, casi siempre por marzo me vuelvo parlanchina y cantadora: que hay que llamar para que principien las clases, que hay que tocar para el recreo, que hay que dar la señal de salida, cuánto trajín, Dios mío! Pero yo estoy contenta, soy feliz cuando siento el rumor de vuestras voces y vuestras risas cristalinas. Después os váis y nunca más os acordáis de la vieja campana que ha visto las tristezas y las alegrías que han pasado por vuestras almas inocentes, que os ama tanto.

Adiós pequeñas! A cuáles de vosotras no veré ya más?»

Las niñas se van y la escuela queda sumida en una tranquilidad que da pena. Ay! La alegría huyó entre los pliegues de los pequeños vestidos, en los ojos y en las bocas juveniles. Se piensa en un árbol al que quitaron el follaje por entre el que cantaba el viento.

*

Es de noche. La luna platea la vieja campana que cuelga del arco de piedra. El viento la mueve y el badajo toca suavemente el bronce. Dijérase que solloza.

Qué aire más pensativo y triste tiene la vieja campana! Las ramas de la enredadera que al principio del año se atavió con sus cornetas azulinas, penden secas.

«Adiós, pequeñas», murmuró la vieja campana. Ha llegado la época del silencio. Pasarán muchos días antes de que mis repiques y vuestros gritos vuelvan á confundirse bajo este techo. A cuáles de vosotras no veré más? María la de cabeza oscura y Sara la *peloncilla* tenían los ojos tan tristes y estaban tan pálidas y tan silenciosas!

Carmen. Lira

Si uno quiere socorrer á los hombres, importa, ante todo, dejar de explotarlos.

*

El cuerpo se sostiene con los alimentos y el alma con las buenas acciones.

4.—El soldadito de plomo

Mi padre, asador; mi madre, cuchara;
yo soy soldadito de liviana tropa;
mi padre, asador; mi madre, cuchara
de sopa.

Tengo una peana¹ de raíz de brezo;
redonda, no tiene de talón asomo;
tengo una peana de raíz de brezo
y un cuerpo de plomo.

Tengo la barriga pintada de azul,
y, de hinchada, temo que estalle y me muera;
tengo la barriga pintada de azul
y de rojo la parte trasera.

No me muevo ni poco ni mucho
y en mi aparador hago centinela;
no me muevo ni poco ni mucho
viendo á Doña Rata por donde se cuele.

Y, si andando el tiempo, llego á capitán,
tres galones de oro mis mangas tendrán;
y, si andando el tiempo, llego á capitán,
me uniré con una muñeca de palo.

Le pondrán sus damas, linda y blanca toda,
su traje de cola del novio regalo,
y alegres tonadas de clarín oiréis
como cuando celebran su boda
la reina y el rey.

¹ Una basa, un apoyo.

5.—La mata de centavos

Aficionado Dominguito á los centavos, como todo muchacho, un día en que jugaba con su hermano mayor, correteando por el solar de la casa, se le vino al instante, una idea á la cabeza. Detúvose de pronto, é interpeló á su compañero:

—Juan, los centavos nacen?

Juan era un rapazuelo de ocho años que explotaba de lo lindo la candidez de Dominguito. Cuando le veía alguna golosina, se le allegaba muy grave como persona de negocios formales, y poniéndole las manos sobre los hombros, le decía:

—Mira, Dominguito, hagamos un negocio.

—Qué negocio?

—Pues tú me das ahora la mitad de ese dulce, y yo te doy uno entero cuando mi padrino me dé plata.

—Sí, pero que sea tan grande como éste.

—Está dicho.

Y Juan se comía la mitad del dulce; pero media hora después por cualquier pellizco, por cualesquier dimes ó diretes, Juan se declaraba desligado del convenio. Así, y todo, vivían en la mayor armonía.

A la inusitada pregunta de Dominguito, Juan abrió tamaños ojos, y se puso á reflexionar.

—Pues mira que sí nacen.

—Y entonces, donde están las matas?

—Tonto! pues las matas están muy

bien guardadas para que no se las roben.

—Tú las has visto?

—No, pero me han contado.

—Y qué será lo que siembran?

—Pues deben ser los centavos para que retoñen.

—Ah! pues yo voy á hacer la prueba.

—Dónde tienes los centavos?

—Aquí tengo dos no más.

—Bueno, pero no vayas á decirlo á nadie: entre los dos solitos.

Juan se hizo en el momento de un cuchillo de la casa. Se arrodillaron los chicos y empezaron la obra.

—No muy hondo, Juan.

—Así, está bueno, como para cebollas.

Hecho el hoyo, Dominguito echó con mano trémula sus dos centavos, que la tierra cubrió en el acto. Se puso una señal en el sitio, y ambos chicos se entregaron luego á discurrir sobre el caso, forjándose para lo porvenir mil doradas ilusiones.

Dominguito se acostaba preocupado con aquello, y en sus sueños inocentes veía la mata de cobres, grande y coposa como un mamón, cuajada de racimos de centavos por todos lados. Tan luego saltaba de la cama, corría al solar y después de cerciorarse de que no había alma viviente, se acercaba al consabido sitio á ver si había aparecido el retoño.

Como pasaran los días sin asomar nada, consultó á Juan para remover la tierra y ver el estado de los centavos; pero el rapa-

zuelo puso una cara muy grave y le dijo que aquello no convenía por ningún respecto, puesto que se romperían los retoños que ya debían subir.

Un día, por último, en que vendían buñuelos á la puerta de la casa, Dominguito creyendo que ya no se levantaría la mata corrió al solar, y metiendo las manecitas en la tierra con febril agitación, abrió un hoyo y otro hoyo, buscó aquí y más allá, rebuscó por todas partes y nada...

Mucho tiempo hacía que la semilla, por artes químicas del bribonzuelo Juan, había tomado la forma de dos abrillantados caramelos!

Pero el cuento sigue: veinte años después, Dominguito, hecho todo un hombre, llamó á Juan, su hermano y le dijo:

—Te acuerdas, Juan, de la mata de centavos?

—Y de los sabrosos caramelos que produjo también.

—Pues, mira, yo he persistido en la idea: la mata de centavos existe. He cultivado este campo con tezón, llenándolo de café, maíz, y otros frutos; ya vez que cosecho centavos todos los días.

Y Domingo tenía razón: la mata de centavos con que soñamos en la infancia, existe. Se siembra en todas partes, en el campo, en las fábricas, en los talleres: se riega con el sudor de la frente y pronto crece, prospera y rinde el codiciado fruto.

La mata de centavos es el *trabajo*.

6.—Traga-Piñones

El chivillo blanco y negro
luce en la frente una estrella:
una estrellica muy blanca
sobre una frente muy negra.

Al chivillo le dicen
*Traga-Piñones*¹
y el chivillo se pasa
toda la vida
corre que corre.

De puro vivo!
Corre, corre pilluelo!
Corre, chivillo!

Por las gracias del chivillo
la gran majada² se alegra.
Por el chivo blanqui-negro
que nació con tal estrella.

Por el menudo
Traga-Piñones,
tras quien va la su madre,
la cabra negra,
corre que corre.

¹ *Piñones*, las semillas del pino.

² El corral.

Brinca, chivillo!
La tu madre te sigue,
brinco tras brinco.

Y el chivillo no descansa.
Vuelve, llega, sigue, torna,
llenos de luz los ojuelos,
llena de flores la boca.

Y en tanto corre,
juega que juega,
parece que le siguen,
dándole bríos,
dándole cuerda..

Disfruta y corre!
Dios te protege, lindo
Traga-Piñones.

7.—El cuento de invierno

En el mar que se halla al Sur de Italia, existe una hermosa isla llamada Sicilia. Si algún día váis á ella, os maravillaráis al contemplar el azul profundo del mar y del cielo, que contrastan con los tonos dorados que reflejan los pilares y templos derruidos, tan enormes, que parecen contruidos por gigantes. Y casi estáis tentados á creer que aquel es un país encantado, al ver que los geráneos silvestres crecen á lo largo de los caminos, y los naranjos, tocan el suelo con

las ramas, agobiadas por el peso de su dorado fruto.

Hace ya mucho tiempo, había un Rey de Sicilia, llamado Leontes. Era un Rey muy feliz, porque su esposa, la Reina, era tan buena como hermosa. Tenía también un hijo llamado Mamilio, que era el más valiente, hermoso é inteligente principito que os podéis imaginar.

Leontes tenía también un buen amigo, Polixenes, Rey de Bohemia. Desde su más tierna infancia habían estado juntos, y en cuanto se hicieron hombres, fueron los dos mejores amigos del mundo.

Polixenes fué á pasar una temporada con Leontes, y cuando dió á conocer sus intenciones de regresar á Bohemia, el Rey de Sicilia se puso muy triste é hizo todo lo que estuvo en su mano para retenerle. Cuando vió que le era imposible hacer cambiar de intención á su amigo, encargó á su esposa Hermiona que probara de retener á Polixenes en la meridional Sicilia. Hermiona cumplió el encargo de su marido y lo hizo tan bien, que el Rey de Bohemia accedió á quedarse.

En cuanto Hermiona hubo logrado que Polixenes se conformara con los deseos de Leontes, éste empezó á pensar que Hermiona y Polixenes se cuidaban uno de otro, más de lo que se preocupaban de él. Después de creer esto como cierto, todas las cosas que veía, aun las más sencillas, le confirmaban en su falsa opinión. Pronto

odió á los dos y se decidió á envenenar al Rey de Bohemia.

Solicitó la ayuda de un viejo y bondadoso cortesano llamado Camilo, pero éste rehusó tomar parte en su criminal empresa. Al contrario, fué á encontrar á Polixenes y le avisó que Leontes tramaba contra su vida.

—Mis buques están prontos á hacerse á la mar—dijo Polixenes.—Me iré en seguida á Bohemia. Venid conmigo, Camilo. Entonces los dos juntos se marcharon de la hermosa isla de Sicilia, abandonando á su cruel Rey.

Este, muy irritado, se fué á las habitaciones de Hermiona, en donde el pequeño Mamilio estaba contando una historia á su madre y á las damas de honor.

—Voy á relataros una historia de espíritus y de aparecidos—decía Mamilio, riéndose al pensar el miedo que les iba á causar.—Voy á explicarla en voz tan baja, que ni los grillos la van á oír.—Entonces empezó á murmurar:—Una vez había un hombre que vivía en un cementerio....

En aquel momento entró Leontes y después de decir palabras muy crueles á la Reina, la encerró en un calabozo.

El pobre y pequeño Mamilio se sintió tan desgraciado al ver que los soldados se llevaban á su madre, que en adelante perdió toda su alegría. No tenía ganas de comer ni de dormir y todos sus pasatiempos se reducían á llorar desconsoladamente. Pero Leontes, loco de cólera, no podía pensar

ni ver nada más, que la rabia que sentía contra Polixenes y su esposa Hermiona.

Envió á dos de sus nobles, para que atravesando el mar fueran á Grecia á preguntar á un oráculo muy famoso que allí vivía, si Hermiona era una buena ó mala Reina. Mientras estaban ausentes los dos caballeros, nació á Hermiona una niña, dentro de su prisión.

—Mi pobre y pequeña prisionera, soy tan inocente como tú—decía la pobre Reina á su hijita; y Paulina, una bondadosa señora, cuyo marido era uno de los más poderosos nobles de Sicilia, comprendía que la Reina decía la verdad.

—Llevaré á la niñita á su padre—dijo Paulina—y en cuanto la vea le pasará el enfado.

Y como lo decía lo hizo, rogando al Rey que no fuera tan cruel, que amara de nuevo á la Reina y fuera bondadoso para con su hijita.

Pero Leontes tenía el corazón endurecido. Habló rudamente á la bondadosa dama y cuando ésta se marchó dejando á la niña al lado del trono, ordenó al marido de Paulina, que se llamaba Antígono, que le quitara de su vista á la recién nacida y que la hiciera morir en una hoguera.

Antígono rogó al Rey que no fuera tan despiadado y cruel, pero éste le ordenó, que en vez de quemar á la niña, la llevara á una tierra lejana, dejándola abandonada en cualquier lugar para que pereciera de hambre y de frío.

—Matarla ahora, sería un acto más misericordioso—dijo por fin Antígono, esperando que, tal vez, hasta las fieras respetarían á la pequeñita é indefensa criatura. Después de haber convencido al Rey, se dispuso á obedecerle y se llevó á la niña.

Cuando regresaron los dos nobles de Grecia á donde habían ido á consultar el oráculo, la Reina iba á ser juzgada por todos los nobles y señores de Sicilia.

Hermiona reclamaba justicia y pedía gracia. Dijo á Leontes cuán débil y enferma se sentía, y que su corazón estaba á punto de romperse al ver que la habían separado de su hijita y que no le permitían ver á Mami-lío.

Leontes la escuchó distraidamente y luego le dirigió palabras más duras y crueles que nunca.

Entonces los dos nobles que regresaban de Grecia, se adelantaron entregando al Rey una carta sellada que le dirigía el oráculo.

Leontes, abriéndola, leyó: *Hermiona es inocente, Polixenes un amigo fiel, Camilo un buen súbdito, Leontes un tirano celoso, y el Rey vivirá sin heredero, si no se halla lo que se ha perdido.*

Pero Leontes no prestó crédito á las palabras del oráculo.—Es una impostura, dijo, que continúe el juicio.

Cuando acababa de hablar entró un mensajero.

—Señor! gritó. No me castigáis por las

malas nuevas que os traigo. El Príncipe, vuestro hijo!....

—Qué? exclamó Leontes.

—Ha muerto, repuso el mensajero.

Entonces dió cuenta al Rey de que el Príncipe Mamilio se debilitó tanto y se había puesto tan enfermo al saber que su madre iba á ser juzgada y, probablemente, condenada á muerte, que murió del pesar que este suceso produjo á su tierno corazón.

Cuando Hermione oyó estas infaustas nuevas, cayó al suelo desvanecida. Todos creyeron que había muerto.

—La Reina ha muerto! Estas noticias la han matado!, exclamó su amiga Paulina.

Entonces, por fin, Leontes se sintió apesadumbrado y lleno de vergüenza por su indigno é inhumano proceder. Se propuso hacer cuanto de él dependiera para reparar los males que había causado, aun comprendiendo que nada en el mundo le restituiría á su hermoso hijito.

Rogó á Paulina que se llevara á la Reina porque creía que solo se trataba de un desmayo. La dama cumplió las órdenes del Rey y al poco rato regresó á su presencia.

—La Reina ha muerto! exclamó. Ha fallecido la mujer más dulce y buena del mundo!

Entonces Paulina, que no temía al Rey, le echó en cara su ciego y cruel proceder, diciéndole que ciertamente merecía los castigos sufridos y otros que no dejarían de sobreenirle.

—Sigue! sigue!, decía el desgraciado Leontes. Nunca podrás decirme bastante. He merecido que todos se vuelvan contra mí!

Durante dieciseis años, á partir de aquel día, el Rey Leontes se encerró á sí mismo en su palacio, como si fuera un prisionero, llorando la muerte de su querida esposa y de su adorado hijo, á los que había sacrificado con su ciega maldad. Desde aquel día no cesó de llorar en las tumbas de Hermiona y Mamilio.

El buque en que se había embarcado Antígono con la niñita, no había regresado al puerto, así es que el Rey estaba también seguro de haberla perdido y por ello se reconvénia amargamente.

Cuando Antígono llegó á la costa de Bohemia, una tormenta empezó á enfurecer el mar y el cielo se puso negro como si fuera de noche. Grandes olas chocaban con furia contra las rocas y los costados del buque. El capitán le dijo que si quería desembarcar para abandonar á la niña, debía darse mucha prisa en regresar, porque de lo contrario, la tempestad les haría naufragar y arrojaría el buque contra las rocas de la costa.

—Se está preparando una tempestad terrible, y este lugar es famoso por la abundancia de fieras—dijo el capitán.

Antígono desembarcó con la niña, á quien había llamado Perdita, y la dejó en las frías rocas cercanas al mar, de tal manera que la

espuma del agua caía sobre su pequeña cara. En un trozo de papel escribió la palabra PERDITA y lo sujetó en sus vestidos con un alfiler. A su lado puso un cofrecillo de oro lleno de joyas y monedas.

—Buena suerte, pequeña!, dijo, y se marchó aprisa, mientras la niña lloraba de miedo y de frío. Apenas se había apartado de ella algunos pasos, un oso que le había estado acechando, oculto, entre las rocas, empezó á perseguirle. Antígono corrió tanto como le fué posible, pero la fiera ganaba terreno en la persecución. Le cogió por fin, le destrozó y empezó á devorarle, de manera que muy pronto alcanzó el castigo que merecía su crueldad.

El trueno, las olas y los vientos hacían tal ruido que ni las fieras hubieran podido oír los gritos de la niña. Pero un viejo pastor que apoyado en su largo báculo acertó á pasar por aquel sitio, en busca de dos ovejas perdidas que temía hubieran sido víctimas de los lobos, se detuvo sorprendido ante ella.

—Dios mío! Qué es esto? Una niña! Una hermosa niña!

Entonces llamó á su hijo á gritos y en breve llegó corriendo un robusto muchacho.

—Mira! mira!, exclamó el viejo. Qué cosa tan extraordinaria! De dónde habrá venido esta niña?

El muchacho dijo entonces: — He visto dos cosas que tal vez se relacionen con su venida. En el mar había una embarcación,

agitada de tal manera por el oleaje, que muchas veces parecía como si su palo mayor fuera á tocar á la luna y luego iba á hundirse en el lecho de las olas. Los marineros rugían de miedo, pobres hombres! pero el mar parecía burlarse de su terror y rugía con más fuerza.

Luego la tempestad destrozó el buque y todos naufragaron. En tierra ví un oso que estaba atacando á un hombre. Me pidió socorro, diciendo que era un noble muy poderoso llamado Antígono. Gritaba y el oso se burlaba de él, ahogando los gritos de su víctima con sus rugidos y estos sonaban con más fuerza que los del viento y el agua.

—Me hablas de catástrofes, dijo el pastor. Aquí hay un recién nacido. Mira qué hermosos vestidos lleva. Abre la caja, muchacho; veamos qué hay en ella.

Cuando el hijo del pastor la abrió, sus ojos se deslumbraron ante el brillo de las joyas y del oro que contenía.

—Es oro!, gritó el pastor. Las hadas me han hecho rico! Vámonos á casa y no digamos á nadie una palabra.

De esta manera, Perdita, la Princesa, fué llevada á la cabaña del pastor siendo tiernamente criada por su mujer. Al cabo de muy poco tiempo, la familia salió de aquella parte del país y nadie supo á dónde habían ido á parar con sus riquezas. Con parte del oro de Perdita, el pastor compró rebaños de ovejas y se convirtió en un hombre rico.

Perdita fué educada por ellos como si

hubiera sido su propia hija. La niña creía verdaderamente que el pastor era su padre, á quien siempre obedecía profesándole gran cariño, á pesar de ser muy diferente por su cara y maneras del hijo de su padre adoptivo, el muchacho á cuyo lado creció.

Cuando era una adorable joven de dieciseis años, con las dulces y graciosas maneras de una princesa, como realmente era, acertó á pasar por delante de su casa un apuesto cazador. Era el valiente Príncipe Florizel, hijo de aquel Rey Polixenes de Bohemia, que había tenido que huir de Sicilia dieciseis años antes.

Florizel se enamoró enseguida de Perdita y muy á menudo iba á verla. Se hacía pasar por un pobre caballero llamado Doricles, y, en breve, Perdita correspondió á su amor. Tantas visitas llegó á hacer á la granja del pastor, que el Rey, su padre, empezó á echarle de menos en su corte y trató de saber á dónde iba. Preguntó á Camilo, el anciano noble siciliano, si lo sabía, y éste le habló de la hermosa Perdita.

—Disfracémonos, dijo el Rey Polixenes, —y vayamos á la casa del pastor á ver por nuestros ojos si esta joven es tan hermosa y por qué Florizel va allí con tanta frecuencia.

Se celebraba en la granja la fiesta del esquila de las ovejas, de modo que á su llegada fueron amablemente recibidos por el pastor, deseoso en aquella ocasión de acoger bien á los extranjeros.

El Príncipe Florizel, ó Doriclès como se hacía llamar, se hallaba ya en la granja cuando ellos llegaron. Algunos de los pastores y pastoras estaban bailando en un prado que había ante la casa, mientras otras compraban cintas, lazos y otras chucherías á un buhonero que gritaba á plenos pulmones:—Venid á comprar! A comprar, muchachos!

El pastor dió á los recién venidos una cordial bienvenida y les condujo á donde se hallaban Perdita y Florizel, sentados á alguna distancia de los que celebraban la fiesta.

—Ven, da la bienvenida á los huéspedes, dijo el pastor á Perdita que estaba más hermosa que nunca con su vestido nuevo. Mi anciana mujer, en vida, hacía de cocinera, de carnicera y de criada en este día, y aun le quedaba tiempo para bailar, hasta ponerse la cara roja como las amapolas. Tú, en cambio, estás sentada, como si en vez de mi hija fueras una visita.

Entonces, Perdita, sonrojándose al oír las palabras de su padre adoptivo, se adelantó y dió á los dos extranjeros la bienvenida, entregándoles un ramo de flores á cada uno. A Polixenes le dió ruda y romero y á Camilo, espliego, menta y caléndulas; y volviéndose á Florizel, le dijo:—No tengo ninguna flor que ofreceros; quisiera sin embargo podéros las dar de primavera, como narcisos, violetas, lirios, y rosas de todas clases.

Todos sus actos y palabras respiraban tanta gracia y dulzura, que el Rey dijo á

Camilo:—Es la muchacha del pueblo más bonita que he visto en mi vida, pero parece que todo lo que hace ó dice es demasiado noble para este lugar.

—Es muy bonita. Es la reina de los quesos y de la leche, repuso Camilo.

Cuando bailó con Florizel, lo hizo con tanta gentileza, que aumentó la admiración que el Rey y Camilo sentían por ella.

—Qué bien baila!, dijo el Rey al pastor.

—Lo hace todo muy bien, contestó éste y si el joven Doricles se casa con ella, podrá darse por muy dichoso, porque le llevará una dote que él no espera.

El pastor decía esto refiriéndose á que la mayor parte del oro y de las joyas que halló al lado de Perdita, habían sido reservados cuidadosamente para la joven.

Entonces el Rey habló con Florizel, y gracias á su buen disfraz, su hijo no le reconoció y dijo á su padre con toda franqueza, que amaba á Perdita apasionadamente y que deseaba casarse con ella.

—Venid, Perdita, dadme la mano y decid á estos señores que estáis dispuesta á casaros conmigo, dijo el Príncipe, porque os amo sobre todas las cosas de este mundo.

—Tenéis padre?, preguntó el Rey.

—Sí. Por qué me lo preguntáis?, dijo Florizel.

—Está enterado de vuestros proyectos?, prosiguió el Rey.

—No, no los conoce ni los conocerá, repuso Florizel.

—Hacéis muy mal en ocultárselo, dijo el Rey.

—Ya sé que no está bien, repuso Florizel, pero sin embargo, hay muy buenas razones para ello.

Entonces, muy irritado, Polixenes se quitó la barba postiza con que iba disfrazado y dió á entender á Florizel que estaba hablando con su propio padre. Su cólera se dirigió contra su hijo, contra Perdita y contra el pastor.

—Si te atreves á ver esta joven otra vez, dijo á Florizel, nunca me sucederás en el trono. Y á Perdita le dijo:—Si consentís que mi hijo os vuelva á mirar tan solo, á vos y á vuestro anciano padre os torturaré hasta morir.

Y muy encolerizado regresó á su palacio.

El pastor estaba terriblemente asustado, pero Perdita permaneció tranquila y valerosa.

—No le tengo ningún miedo—dijo en cuanto el Rey se hubo marchado. —Una ó dos veces he estado á punto de decirle, que el sol que alumbra su corte no deja de iluminar nuestra granja, sino que sale para todos.

—Hacedme el favor de marcharos, dijo á Florizel, porque le amaba y no quería perjudicarle, ahora que he despertado de mi sueño, ya no quiero soñar más en ser Reina, y en todo caso, sólo deseo serlo de mis ovejas y llorar la pérdida de mis queridas ilusiones.

Camilo, que se había quedado después de marcharse el Rey, observó con gran placer la conducta de Perdita, y lamentó tanto la suerte de la joven y del Príncipe Florizel, que resolvió ayudarles en todo lo que pudiera.

Les dijo que si querían, les conduciría á los dos, así como al viejo pastor, á la corte de Leontes de Sicilia, su primer señor, quien les recibiría muy bien y permanecerían allí hasta que el Rey de Bohemia les hubiera perdonado.

Todos aceptaron esta proposición con gran alegría, y poniéndola en práctica llegaron á Sicilia, en donde su Rey les dispuso muy buena acogida. Cuando vió á Perdita, se asombró de su parecido con la Reina, su fallecida esposa, y de nuevo empezó á llorar su pérdida y la de sus hijos.

El viejo pastor, al verlo, pensó que talvez la niñita que halló en la costa, mojada por las aguas del mar, podría ser la hija de Leontes. Entonces relató al Rey la historia del hallazgo de la niña, y le enseñó el rico manto en que estaba envuelta, así como el oro y las joyas que halló á su lado. También le dió el trozo de papel que llevaba el nombre de Perdita y el Rey reconoció la escritura de Antígono. El pastor le contó, además, la historia del naufragio y la triste muerte de Antígono devorado por un oso.

Entonces Leontes se sintió mucho más feliz de lo que había sido durante dieciseis

años. Besó repetidamente á Perdita, y abrazó al Príncipe Florizel.

Cuando Polixenes llegó de Bohemia, muy encolerizado, persiguiendo al Príncipe y á los que le acompañaron en su viaje, y se enteró de que la hermosa hija del pastor era en realidad la Princesa Perdita, su alegría no tuvo límites. Los dos Reyes estaban contentísimos.

Pero aun cuando feliz por haber recobrado á su hija, el corazón del Rey Leontes estaba muy afligido por la pérdida de su hijo Mamilio y de su hermosa Reina Hermiona.

—Oh, tu madre! tu madre!, exclamaba al mirar á su hija que tanto se parecía á la difunta Hermiona.

Paulina, que hacía esfuerzos para contener su dolor por la trágica muerte de su esposo, á fin de no desentonar de la alegría general, dijo entonces al Rey, que en su casa había una estatua de la Reina, tan semejante al original, que más parecía una persona viva que una imagen.

Los dos Reyes, deseando ver aquel prodigio fueron á su casa, acompañados por Florizel, Camilo, Perdita y algunos cortesanos.

Paulina, sacando el lienzo que la cubría, puso al descubierto la hermosa imagen, que era en realidad la de la Reina Hermiona, tan extremadamente parecida que todos se quedaron pasmados.

Entonces el Rey de Sicilia exclamó:—

Así era cuando yo la amaba. Pero, sin embargo, Hermiona no era tan vieja como representa la estatua.

—Esto demuestra el talento del escultor que la ha hecho. Está representada con dieciseis años más de edad que cuando la visteis por última vez.

Perdita, que había estado mirando embebecida á su madre, encontrándola hermosa y con bondadoso semblante, se acercó para besar la mano de la estatua, pero Paulina no se lo permitió.

—El color está húmedo todavía, dijo, queréis que la tape de nuevo?

—No!, gritó Leontes. No me cansaría de contemplarla en veinte años. Hasta me parece que respira!

Entonces Paulina contestó: —Señor, puedo hacer que esta estatua se anime y haga algunos movimientos, pero para ello será preciso valirme de malas artes mágicas, lo que, tal vez, no será de vuestro agrado.

—Haced todo lo que podáis y lo veré con gusto, dijo el Rey.

En vista de ello Paulina dijo á la estatua: —Ya es hora. Bajad! Dejad de ser piedra!

Y obedeciendo á su conjuro, la estatua descendió de su pedestal, y cuando el Rey Leontes se adelantó hacia ella para estrecharla en sus brazos, la imagen de la Reina lo besó tiernamente.

Entonces, los asombrados espectadores de aquella extraña escena, se enteraron por labios de la Reina de que no era ninguna

estatua, sino la real y verdadera Reina Hermiona. Cuando Leontes fué tan cruel, Paulina fingió la muerte de la Reina, y durante dieciseis años Hermiona vivió en la casa de la buena Paulina, sin que nadie se enterara de este hecho.

Era verdaderamente aquel día uno muy feliz en la meridional Sicilia, porque no solo el sol y la alegría reinaban en el mar y en la tierra, sino en el corazón de todos los presentes,

Los dos Reyes volvieron á ser de nuevo buenos amigos; Hermiona y Leontes fueron otra vez buenos esposos y para hacer perfecta su dicha, solo tenían que mirar á su hija Perdita y al Príncipe Florizel, que se casaron muy pronto, viviendo desde entonces muy felizmente.

8.—La lluvia, mi hermana...

La lluvia, mi hermana,
bella y tímida lluvia estival,¹
va volando á través del aire húmedo,
suavemente volando, huyendo va.

Se han desgranado en el azul del cielo
las blancas perlas de su collar.

Bailad, urracas,
mirlos, cantad!

¹ Lluvia de estío (verano).

Entre las ramas que su peso sienten
bailad, oh flores, oh nidos, cantad!
bendito está cuanto del cielo viene.

Me acerco á la boca
sus húmedos labios de fresa silvestre;
risueña me toca,
me toca en todas partes á la vez
con sus innumerables dedos tenues ¹.

Sobre alfombras de flores sonoras,
desde la aurora hasta el anochecer,
desde el anochecer hasta la aurora,
llueve y sigue lloviendo
cuanto puede llover.

Luego viene el sol, y enjuga,
con sus cabellos de oro,
los pies de la Lluvia.

9.—El compañero de viaje

—Es este el camino del lugar? preguntó
un perro joven á un zorro muchacho que
tomaba el sol entre las matas.

—Sí tal; pero quiero acompañarle; ya he
descansado y voy también al pueblo. Tome
usted la derecha.

—No lo permito; soy más joven.

¹ Muy delgaditos.

—Usted es forastero; qué dirán de mí las gentes?

El perro no se atrevió á replicar y así atravesaron por delante de un bosque situado á la derecha del camino; un poco más allá vieron otro bosque hacia la izquierda, y dijo el zorro deteniéndose:

—He reflexionado y tenía usted razón; soy el más viejo y podrían criticarle á usted por cederme la derecha.

Así atravesaron el bosque de la izquierda hasta encontrarse otro grupo de árboles al lado opuesto. Entonces el zorro hizo una parada, y dijo con mucha convicción:

—Alto! No pasaré de aquí si no vuelve usted á ponerse á mi derecha. En este país hay mucha etiqueta y me desollarían si no le cedo el sitio preferente.

—Y qué dirán de mí?

—Usted va de paso y yo me quedo.

Volvieron á caminar, y el zorro marchaba al compás del compañero, resguardado con su cuerpo y encogiendo mucho el rabo, cuando sonó un tiro entre los árboles. El zorro desapareció, mientras el perro, con la pata coja, lanzaba lastimeros aullidos.

—Calle! es un perro, dijo un cazador. Pero yo he visto un rabo de zorro.

—Era el de mi compañero de viaje—contestó el perro entre ladridos, y contó su aventura al cazador.

—Ven á casa á curarte, dijo el hombre, y no olvides nunca que más vale ir solo que mal acompañado.

10.—La Abuelita

Tres años hace murió Abuelita:
cuando la fueron á sepultar,
deudos y amigos en honda cuita¹
se congregaron para llorar.

Cuando la negra caja cerraron,
curioso y grave me aproximé,
y al verme cerca me regañaron
porque sin llanto la contemplé.

Dolor vehemente rápido pasa:
tres años hace que muerta está,
llovieron penas, y nadie en casa,
de mi Abuelita se acuerda ya.

Yo sólo tengo luto y tristeza,
y su recuerdo fuerza cobró,
como del árbol en la corteza,
se ahonda el nombre que se escribió.

11.—El pastor codicioso

Había una vez, en un país del Sur, dos
hermanos cuyo oficio era cuidar ovejas. En
aquel sitio no vivían más que pastores, tan
celosos guardianes de su ganado que jamás
se perdía un corderito.

No había entre ellos ninguno más cuida-

¹ Aflicción.

doso que estos dos hermanos, á uno de los cuales lo llamaban Avaro y al otro, Benigno. A pesar de ser hermanos, no podía haber dos hombres más diferentes. Avaro sólo pensaba en el modo de sacar más provecho para sí, mientras que Benigno era capaz de compartir su último bocado con un perro hambriento. Este natural codicioso hizo que Avaro, so pretexto de la progenitura, se



adueñara del rebaño á la muerte de su anciano padre, dejando á Benigno nada más que el puesto de sirviente para que le ayudara á cuidar las ovejas.

Por algún tiempo los hermanos vivieron en paz en la cabaña de su padre, cuidando su rebaño en la pradera hasta que nuevas inquietudes agitaron la codicia de Avaro.

Sucedió que un verano, los comerciantes pagaron á Avaro el más alto precio de la localidad por la lana de sus ovejas. Este acontecimiento fué una desgracia para los animales, porque después Avaro pensó que no era suficiente la lana que le daban. En

la época del trasquilo nadie pelaba tanto como Avaro, y á pesar de lo que Benigno pudiera hacer ó decir, dejaba las pobres ovejas tan limpias como si hubieran sido rasturadas. Benigno no aprobaba su conducta, pero Avaro trataba de persuadirlo de que pelar bien era bueno para el ganado y Benigno, de que él cogía toda la lana. Un verano tras otro, Avaro vendía la lana y guardaba sus ganancias. Los demás pastores principiaron á creerlo rico, y el trasquilar á raíz se habría hecho de moda á no ser por un extraño suceso que le aconteció á su rebaño.

La lana había crecido bastante aquel verano. El había recogido dos trasquilas de su manada, y ya pensaba en una tercera, cuando primero los carneros, y luego las ovejas, principiaron á escaparse; y por más que ambos hermanos los buscaban, no parecían. El rebaño disminuía cada vez más, y los hermanos comprendieron que las ovejas trasquiladas más de raíz habían sido las primeras en fugarse.

Benigno se cansó de cuidar y Avaro, de pena, perdió el sueño. Los otros pastores con quienes se había jactado de su lana y de sus ganancias, no compadecían el abatimiento del orgullo. El rebaño continuaba deshaciéndose y cuando volvió la primavera no les quedaban á Avaro y Benigno más que tres ovejas ancianas. Una tarde estaban los dos hermanos cuidándolas, cuando Avaro dijo:

«Hermano, todavía les queda lana en las espaldas».

«Es poca para abrugarlas» dijo Benigno. «El viento del Este todavía sopla una que otra vez». Sin embargo Avaro se fué á la cabaña á traer el saco y las tijeras.

Benigno se aflijó de ver á su hermano tan codicioso y para distraerse miraba las altas montañas. En eso, vió tres animales que parecían ovejas correr sobre una roca, tan veloces como gamos; y cuando volvió la vista llegaba su hermano con un saco y unos tijeras, pero ya no se veía una sola oveja. La primera pregunta de Avaro fué qué se habían hecho; y cuando Benigno le contó lo que él había visto, su hermano mayor lo regañó por no haber tenido más cuidado.

«Ahora no tenemos ni una sola oveja,» dijo, «y los demás pastores difícilmente nos emplearán en la época de la trasquiladura. Si quieres vamos conmigo, serviremos en alguna parte. Yo oí decir á mi padre que en otros tiempos vivían viejos pastores al otro lado de las montañas; vayámonos y veamos si nos ocupan como zagales».

Convenidos, á la mañana siguiente, Avaro tomó el saco y las tijeras, Benigno, el cayado¹ y la flauta y atravesando el valle, encamináronse hacia las montañas. Todos los que los vieron partir los creyeron locos, porque ningún pastor había ido allá desde hacía

¹ Bordón, bastón.

cien años, y no se veía otra cosa que extensos páramos, cubiertos de ásperas rocas y en apariencia empinados hasta el propio cielo.

Al medio día llegaron á la peña en que habían corrido como gamos las tres ancianas ovejas; ambos estaban cansados y se sentaron á reposar.

Una vez allí, descendió de las colinas un sonido musical como si mil pastores estuvieran tocando sus flautas. Avaro y Benigno jamás habían oído música semejante, y levantándose, siguieron el sonido por encima de una hondonada y sobre estensos matorrales, hasta que al ponerse el sol llegaron á la cumbre de la colina, en donde vieron pastando un rebaño de miles de ovejas blancas como la nieve, al paso que un viejo pastor sentado en medio de ellas tocaba alegremente la flauta.

«Buen padre» dijo Benigno, porque su hermano mayor, temeroso, se quedaba atrás, «dinos qué tierra es esta y dónde podremos encontrar trabajo; pues mi hermano y yo somos pastores y podemos cuidar de los rebaños para que no se extravíen, aun cuando hayamos perdido el nuestro.»

«Estos son los repastos de la colina», dijo el viejo, «y yo soy el anciano pastor. Mis rebaños nunca se extravían, pero puedo daros empleo.Cuál de vosotros puede trasquilar mejor?»

«Buen padre», dijo Avaro, reanimándose, «yo soy el mejor trasquilador de la llanura,

usted no encuentra lana suficiente para hacer un hilo en una oveja trasquilada por mí».

«Eres el hombre que me conviene» dijo el viejo pastor: «cuando la luna salga, llamaré el rebaño que tienes que trasquilar».



El sol se puso y la luna salió, y el blanquísimo rebaño permaneció detrás de él. Subió entonces por la colina una manada de lobos tan peludos que casi no se les veían los ojos. Avaro hubiera salido huyendo de miedo, pero los lobos se detuvieron y el viejo dijo: «Levántate y trasquila; este rebaño de mi pertenencia tiene mucha lana».

Avaro nunca había trasquilado lobos; sin

embargo se adelantó valeroso; pero el primer lobo le enseñó los dientes y los demás aullaron de tal modo que Avaro tiró sus tijeras y corrió á refugiarse detrás del viejo.

«Buen padre», gritó, «yo trasquilaría ovejas pero lobos no!»

«Tienen que ser trasquilados», dijo el viejo, «ó te vuelves al llano y ellos detrás de tí; pero cualquiera de ustedes que pueda trasquilarlos tendrá el rebaño entero».

Al oír esto, Benigno alzó las tijeras que Avaro había botado y se llegó resueltamente al lobo más cercano. Vió con sorpresa que la bestia salvaje parecía conocerlo y se estuvo quietecita para que la pelaran. Benigno trasquiló, pero no muy á la raíz y cuando hubo hecho esto con uno, se adelantó otro hasta trasquilar todo el rebaño. Entonces el hombre dijo:

«Lo has hecho bien; en recompensa toma la lana y el rebaño, regresa con ellos á la llanura y ocupá á tu hermano como zagal para que te los cuide».

Eso de cuidar lobos no le gustaba mucho á Benigno, pero aun no había dado su respuesta, cuando todos se cambiaron en aquellas mismas ovejas perdidas y el pelo que había cortado se convirtió en un montón de fina y suave lana.

Avaro la juntó en su saco y regresó á la llanura con su hermano. Ambos han conservado hasta hoy el rebaño completo; es cierto que Avaro se ha vuelto menos codicioso y sólo Benigno maneja las tijeras.

12.—Aves y niños

*En el aula, cerca de una ventana,
está Emilia arrullando á su muñeca.
Entra Claudia atolondradamente con
un polichinela, riendo y apretándole
el estómago para que junte las manos.*

CLAUDIA

Qué gracia! No ves Emilia?
Tengo á toda mi familia
muriendo de hilaridad;
me ha dado el raro capricho
de bautizar á este bicho.

EMILIA

Jesús, qué barbaridad!

CLAUDIA

Y nada, que lo bautizo!
Pienso llamarlo Narciso.

EMILIA interesándose

No, mejor ponlo Clavel.

CLAUDIA riendo

No ves que el nombre merece
por lo bien que se parece
á Narciso, el Coronel?
Fíjate qué piernas. Mira
qué manos. Uy, cómo estira
los brazos! irá á aplaudir?

EMILIA con malicia

Parece un señor muy serio
que escribe en el ministerio,
qué señor para escribir!

CLAUDIA fijando su atención en las manos
de Emilia

Ay, qué bonita muñeca!
Con razón estás tan hueca.
Te la dió tu papá?

EMILIA

Sí,
como he sido bien portada
en la escuela, hoy acostada
me la puso junto á mí.

CLAUDIA mostrando codicia la toma y la examina

Me la prestas un ratito?
Qué encantador el hoyito
de la barba! qué nariz!
y la boca? primorosa!

Con envidia

Ah viejilla tan dichosa!
Mira que tú eres feliz!

*Entra Luz corriendo, con aspecto
muy alegre, llevando en sus manos
una jaula con un pajarito dentro.*

Luz

Muchachas, á ver quien tiene
un regalo mejor; viene
este pájaro cantor
á complacer un antojo
de mucho tiempo; si cojo
otro en la jaula, ah señor!
me haré loca de alegría!

CLAUDIA dejando la muñeca en manos de Emilia
y acercándose á Luz

Qué bonito! Apostaría
que te lo dió tu mamá.

EMILIA

Si mi madre lo supiera
cuánta tristeza le diera!
Nunca quiere permitir
que á los bellos pajaritos
se les coja, pobrecitos!
y se les haga sufrir.

CLAUDIA con viveza

Y por qué? No es un pecado
tenerlo tan bien cuidado.

Asomándose á la jaula

Aquí tiene qué comer;
él cantará cuanto quiera...

LUZ interrumpiendo

Y en una gran pajarera
muy pronto lo he de poner.

EMILIA con dulzura

Así pensaba yo un día
que me regaló mi tía
un canario, y mi mamá
me dijo al verlo en mis manos
«Si á alguno de tus hermanos
ó talvez á tu papá
lo encerraran, qué dirías
viendo trascurrir los días
sin volverlos nunca á ver,
aunque supieras que estaba
muy cuidado, y le sobraba
en su prisión qué comer?

LUZ enterneciéndose

Deveras, Emilia! Sabes?
qué dirán las pobres aves
que á ésta quieren con afán?

CLAUDIA también conmovida

Talvez la estén esperando
acongojadas, llorando,
y nunca más la verán.

LUZ abre resueltamente la puerta de la jaula, cerca de la ventana, para que pueda irse el pájaro.

Dejémosla ir, pobrecita!
que se vuelva á su casita
á llevar felicidad.

EMILIA mirando complacida el pájaro que se va.
y que nunca en sus canciones
olvide los corazones
que le han dado libertad.

Se abrazan las tres, y salen del cuarto, dejando la jaula abandonada allí.

13.—El pastorcillo

Queréis ver como también entra el amor en el corazón de los pastorcillos, y les hace tan osados que se atreven á poner sus ojos hasta en las mismísimas princesas? Pues punto en boca y escuchadme. El pastorcillo de nuestro cuento no tenía más bienes que la tierra que pisaba, ni más oficio que el de cuidar un rebaño ageno, ni más herencia que la de ser hijo de otro pastor tan pelacañas como él. Todo lo cual no obstó á que, pasando por acaso cerca del lugar donde él se estaba guardando cabras, las tres hijas del rey, se enamorara, sin saber cómo ni de qué manera, de la menor de las tres, que—sea dicho de verdad,—era linda como un manojito de flores, y fresca como una primavera.

Tan fuertemente se enamoró, que se fué poniendo triste, triste, y cada vez más triste, hasta que no pudiendo resistir más, un día se resolvió á abandonar el rebaño de su amo é ir en busca del palacio del rey, para

ver de nuevo aquel manojito de flores que le había robado el corazón.

Solo, pues, con el zurrón al cuello, íbase el buen pastorcillo, andando, andando, hacia la ciudad del rey, cuando he aquí que por el camino halló al pie de una fuente un lobo, un oso, un águila y una hormiga, que se disputaban tenazmente.

Habían encontrado un cordero muerto y querían repartírselo, pero no hallaban la forma de ponerse de acuerdo.

—Yo os lo repartiré, dijo el pastorcillo.

Gustóles la proposición y quien la hacía, y tan bien se las compuso que á los cuatro dejó satisfechos.

Entonces el lobo le dijo:

—Me has gustado tanto, que no quiero que te marches, sin hacerte un obsequio. Y arrancándose un pelo, añadió:

—Toma este pelo mío: con él siempre que quieras podrás volverte lobo.

El oso por su parte, no queriendo ser menos, le dijo á su vez:

—Por lo bien que lo has hecho te daré también un pelo mío, y te podrás volver oso cuando te convenga.

El águila le dijo:

—En premio de tu buen acierto, aquí tienes una pluma mía y siempre que lo desees podrás volverte águila.

Al tocarle el turno á la hormiga, dijo también muy cortesmente:

—Me has complacido tanto como á mis compañeros: mas, pobre de mí!, sólo puedo

recompensarte con un don; el de volverte hormiga cuando te parezca.

El chico les dió las gracias y con aquellos presentes continuó su camino, anda que andarás, hacia el palacio del rey.

Una vez allí los centinelas no le dejaron pasar adelante. Mas él no se apuró por eso, sino que acordándose del águila, y echando mano de la pluma, tomó la forma de tal y se puso á la ventana del cuarto de las hijas del rey.

Al ver aquel pajarraco tan grande, la mayor y la mediana se asustaron y se pusieron á gritar; la menor, más valiente, se le acercó y acariciándole, lo cogió y corrió á enseñárselo á su padre.

—Esto es un águila. Será preciso matarla, dijo el rey.

—No quiero que la matéis, replicó la pequeña; yo la he cogido y es mía.

—Tienes razón, dijo su padre; pero al menos hemos de meterla en una jaula.

La princesa consintió en ello y le compraron una jaula de oro, muy bonita, para meter el águila.

Hé aquí que la primera noche, mientras dormían las tres hijas del rey, el pastorcito se vuelve hormiga, sale de la jaula y después se convierte en oso. Una vez convertido en oso, despierta á la hija mayor, la cual al ver aquel animalazo huye espantada de su cuarto. El pastor con mucho disimulo se vuelve de nuevo hormiga, entra en la jaula y de hormiga se convierte otra vez en

águila y con gran formalidad pone su cabeza bajo el ala, como si nada hubiera pasado.

A la noche siguiente no pudieron conven-
cer á la hija mayor del rey de que durmiera
en aquel cuarto, por más que sus dos her-
manas se burlaban de su miedo. Mas he
aquí que cuando éstas ya dormían, el águila
vuelve á sus andanzas pasadas: esto es, se
transforma en hormiga, sale de la jaula, se
convierte en lobo y despierta á la hija me-
diana del rey, que se escapa también horro-
rizada del cuarto. Una vez la niña fuera, el
lobo se vuelve otra vez hormiga, entra en la
jaula y se convierte en águila.

Nadie á la noche siguiente, pudo hacer
que la mediana durmiera en aquel cuarto
y la pequeña tuvo que dormir sola, rién-
dose á todo trapo del miedo de sus her-
manas. Mas cuando dormía la princesita,
cátame ahí que nuestro patorcillo se con-
vierte en hormiga, sale de nuevo de la jaula
y de hormiga vuelve á su sér natural huma-
no, y la despierta muy quedo y con la voz
más dulce que pudo.

La pequeñita quedó asustada al ver un
muchacho junto á su cama, mas él le dijo:

—No te espantes, no grites, no temas
nada; soy un pobre pastor que me he ena-
morado de tí perdidamente.

—Cómo has entrado aquí?

—No me conoces? Pues soy el águila que
tanto quieres y el oso que asustó á tu her-
mana mayor y el lobo que tanto miedo da
á tu hermana segunda.

Y le contó toda su historia desde el día en que la vió y quedó prendado de ella, acabando por preguntarle si le aceptaría por esposo, de la cual proposición, dice el cuento, que quedó la princesita muy contenta y que le supo á miel regalada.

Al día siguiente refirió á su padre como se había enamorado de un pastor y que á todo trance se quería casar con él.

Ya podéis imaginaros si se incomodaría el rey y cuanto suplicaría, porfiaría y aun amenazaría; pero al fin viendo que machacaba en hierro frío, permitió á su hija que se casara con el pastor, pero sin darle ni un maravedí de dote.

Y hé aquí que el muchacho y la princesita se casaron, y como que él conservaba los presentes dentro del zurroncito, compró un rebaño, que siempre fué aumentando, puesto que no hubo lobo, oso, ni águila, que á él se acercaran, que el pastor no los cazara y los matara.

Y él fué un gran pastor y ella una rica pastora, tan rica como pudieran serlo sus hermanas y todavía mucho más feliz de lo que ellas con sus encopetados maridos.

14.—La tórtola

Joven aún entre las verdes ramas
de secas pajas fabricó su nido;
la vió la noche calentar sus huevos,
la vió la aurora acariciar sus hijos.

Batió sus alas y cruzó el espacio,
buscó alimento en los lejanos riscos,¹
trajo de frutas la garganta llena
y con arrullos despertó á sus hijos.

El cazador la contempló dichosa...
y sin embargo disparó su tiro!
ella, la pobre, en su agonía de muerte,
abrió las alas y cubrió á sus hijos.

Toda la noche la pasó gimiendo
su compañero en el laurel vecino:
cuando la aurora apareció en el cielo
bañó de perlas el hogar ya frío...

15.—Historia del carbunclo

Oid, esta es la historia del carbunclo,² el
ave de fuego, el lucero alado que vaga por
las noches, saltando como un gran rubí
elástico:

«El carbunclo vuela. A veces se halla
escondido en una piedra; otras en el fondo
del Lempa ó del Río Grande. Se halla
también en el corazón de los grandes árbo-
les de las montañas.

No hay minas de carbunclos, ni alumbran
nunca por el día. Lo que llaman diamantes,

¹ Peñascos.

² El cocuyo.

no son más que pedacitos de carbunclos muertos. Porque el carbunclo es vivo. Han visto las exhalaciones? Pues son carbunclos.

A media noche, en lo más callado de la noche, cuando todos duermen, baja el carbunclo, entra á las casas, y va saltando como una granada de luceros. A cada salto se apaga y se vuelve á encender. Ah, qué hermoso es! Si llega una á cogerlo, se va, se pierde, se deshace entre las manos, y cuando uno se ha quedado buscándolo, se le ve aparecer mas allá, rojo, brillante como una brasa con alas.

Ahora, cómo dirán que se coje el carbunclo?

Hay que estar en gracia de Dios, por supuesto. Gente que no esté en gracia de Dios, ni se acerque. Entonces, pues, si está uno en gracia de Dios, se levanta á las doce, y pone una batea de agua bendita. Ahí llega á beber el carbunclo. Cuidado con ir á cogerlo! A la noche siguiente se pone la batea, ya no en la cocina—porque primero se pone en la cocina—sino en el cuarto de dormir. Llega otra vez, y bebe agua. A la tercera noche, se deja la batea en la sala, reza uno sus oraciones, y á la hora en que va á llegar, está uno listo. Entra saltando como una brasa, cae en la batea, y entonces, pero pronto, le echa uno un trapo encima.

Y ya no se va. Al sacarlo del agua, la casa parece que está ardiendo. Es una luz

tan suave, tan hermosa, tan viva, que no hay sol, ni lucero, ni nada!

Cambia de color á cada instante; ya es una roja granada, ya un grande ópalo, ó una inmensa esmeralda. Otras veces parece un zafiro, una amatista, un rubí, un topacio.... El carbunco da todas las luces; quien lo tiene, es dichoso, está contento, siente que la luz le llega hasta el alma,...

Es del tamaño de un huevo de paloma. Es como tener una estrella....»

Ah, sabéis cuantos días y noches los chiquitines pasamos soñando en el carbunco, en el ave de fuego, en el lucero alado que salta como un gran rubí elástico?....

16.—En los jardines

Son los jardines de las ciudades
lo que las flores en los jardines,
y son los niños, ricos y pobres,
en esos cielos los querubines.

Cual mariposas revolotean,
juegan y saltan cual mariposas,
gritan y lloran, alzan los puños
cuando se pinchan entre las rosas.

Sus muequecitas son muy graciosas,
y son risibles sus muequecitas,
y de sus madres copian los besos
si dulces besan sus muñequitas.

Son desgraciadas las pobrecitas, pues no reciben las desgraciadas bellas muñecas, ni buenos dulces ni tienen batas muy perfumadas.

Y en los jardines esos encantos son muy felices, pues los jardines son para todos, ricos y pobres, pues son iguales los querubines.

17.—El duendecillo fraile

Había una vez tres hermanitas que se mantenían amasando de noche una faneguita de harina. Un día se levantaron de madrugada para hacer su faena y se la hallaron hecha, y los panes prontos para meterlos en el horno; y así sucedió por muchos días. Queriendo averiguar quién era el que tal favor les hacía, se escondieron una noche y vieron venir á un duende muy chiquito, vestido de fraile, con unos hábitos muy viejos y rotos. Agradecidas, le hicieron unos nuevos, que colgaron en la cocina. Vino el duende y se los puso y enseguida se fué diciendo:

Frailecito con hábitos nuevos
ni quiere amasar ni ser panadero.

Esto prueba, niños míos, que como el duendecito, hay muchos, que son complacientes y oficiosos hasta que logran un beneficio; y que, una vez recibido, no se vuelven á acordar de quien se lo hizo.

18.—Balada matinal

Qué hermosos están los cielos!
Qué bonita la mañana!
Cuánta frescura en el campo!
Cuánta alegría en el agua!

Corre, corre, mi caballo,
por la veredita blanca,
que bien sabes el camino
donde te guían mis ansias.

No te pares junto al bosque,
ni en las frescas enramadas,
hijas del arroyo claro
que de la colina baja.

Sigue, sigue por la senda
que á los dos lados derrama
campos verdes con adornos
de amapolas coloradas.

Ya pasas los olivares,
ya la vereda se acaba...
Ya, entre las hojas tejidas,
de lejos se ve la casa!

Qué hermosos están los cielos!
Qué bonita la mañana!
Cuánta frescura en el campo!
Cuánta alegría en el agua!

19.—Un sueño

Tuve un ensueño en el cual me dijo el labrador: «Amasa el pan con tus propias manos, no te alimentaré ya más: ara, empapa de sudor la tierra y siembra». El tejedor me dijo: «Con tus manos fabrica tus vestidos». Y murmuró el albañil: «Toma en tus manos la plancha y la cuchara».

Y solo, abandonado de todos los hombres, cuya maldición implacable arrastraba conmigo adondequiera, cuando imploraba á los cielos un rayo de piedad suprema, se alzaron en mi camino, erguidas, las melenas de los leones.

Desperté y al abrir los ojos dudé de la realidad de la mañana: los valerosos compañeros silbaban en lo alto de las escaleras, se oía el rumor de abejas de las artes y sembrados estaban los campos.

Me dí entonces cuenta de mi dicha, comprendí que en el mundo en que vivimos nadie puede vanagloriarse de no necesitar de sus semejantes y desde ese día hay en mi corazón amor para todos los seres humanos.

20.—Promesas de la tierra

Hay un olor de vida
en el huerto, en el aire y en las cosas;
es un olor á tierra humedecida
que va anunciando la precoz venida
de la mies y del fruto y de las rosas.

Hay anuncios y promesas en el rayo
que el Sol derrama encima de las eras;
durmió la tierra, como en un desmayo,
pero las lluvias del florido mayo
fecundarán las mustias sementeras.

Hay regocijos hondos en los prados
y enrojecen sus flores las piñuelas;
van peinando la tierra los arados;
hila el yigüirro versos delicados
y el labriego labora en sus parcelas.

El campo reverdece y, fatigosas,
tornan las yuntas de mover la tierra
tan pródiga en ofrendas hechas rosas
y espigas. Vida nueva hay en las cosas
y en las verduras que el cercado encierra.

21.—La caridad

Iban tres doncellas camino de la feria
donde valioso premio había de adjudicarse
á la hermosa que manos más lindas
mostrase.

Y una de ellas llegóse á un bosquecillo
de nardos silvestres, cuyas corolas dejá-
banse robar por vientos y aves la fragante
esencia; y una á una fué tocando las
olientes flores, que en sus manos delicadas
dejaban el aroma de los pétalos de nieve
y el óleo jugoso de los cálices.

Tropezó la otra con el hilo de plata de
un arroyuelo que bullente corría lavando

guijas¹ de oro y alfombras de violetas. En las aguas cristalinas y embalsamadas bañó sus manos bellas, que de allí salieron aun más preciosas.

Tímida y modesta la tercera vacilaba en pedir, como sus rivales á flores y fuentes el secreto de la belleza, cuando salió al paso andrajoso mendigo que en agonizante voz imploró de ella «Una limosna por amor de Dios».

Sacó la casta niña de su escarcela² una moneda y dióla al mendigo, quien recibéndola besó la mano bienhechora, dejando caer una lágrima.

Aquella lágrima se cuajó en perla, la perla se desparramó en iris, y el iris esmaltó de luces celestiales la mano de la hermosa.

Ni la que se ungió con la esencia de los nardos silvestres, ni la que se lavó en la fuente de las guijas de oro, alcanzaron la rica diadema ofrecida en la feria á la más pura y bella mano.

Por sobre todas brilló con hermosura singular, la que había embellecido y purificado la lágrima del pobre.

A quien te diga malas palabras no le respondas y el mismo se avergonzará de ello.

¹ Piedrecillas.

² Bolsa colgante.

22.—Cuento á Margarita

Margarita, esta linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar;
yo siento
en el alma una alondra cantar:
tu acento.
Margarita, te voy á contar
un cuento.

Este era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
una tienda hecha del día
y un rebaño de elefantes.
Un kiosco de malaquita ¹,
un gran manto de tisú ²,
y una gentil princesita,
tan bonita,
Margarita,
tan bonita como tú.
Una tarde, la princesa
vió una estrella aparecer;
la princesa era traviesa,
y la quiso ir á coger.
La quería para hacerla
decorar un prendedor,
con un verso y una perla,

¹ Una piedra tan dura como el mármol y que puede pulirse y tallarse.

² Tela de seda y oro ó plata.

y una pluma y una flor.
Las princesas primorosas,
se parecen mucho á tí:
cortan lirios, cortan rosas,
cortan astros, son así.
Pues se fué la niña bella,
bajo el cielo y sobre el mar,
á cortar la blanca estrella
que la hacía suspirar.
Y siguió camino arriba,
por la luna y más allá;
mas lo malo es que ella iba
sin permiso del papá.
Cuando estuvo ya de vuelta
de los parques del Señor,
se miraba toda envuelta
en un dulce resplandor.
Y el rey dijo: «Qué te has hecho?
Te he buscado y no te hallé;
y qué tienes en el pecho
que encendido se te ve?»
La princesa no mentía
y así dijo la verdad:
«Fuí á cortar la estrella mía
á la azul inmensidad».
Y el rey clama: «No te he dicho
que el azul no hay que tocar?
Qué locura! Qué capricho!
El Señor se va á enojar».
Y dice ella: «No hubo intento;
yo me fuí no se por qué;
por las olas y en el viento,
fuí á la estrella y la corté»
Y el papá dice enojado:

«Un castigo has de tener:
vuelve al cielo, y lo robado
vas ahora á devolver».

La princesa se entristece
por su dulce flor de luz,
cuando entonces aparece
sonriendo el Buen Jesús.

Y así dice: «En mis campiñas
esa rosa le ofrecí:

son mis flores de las niñas,
que al soñar piensan en mí».

Viste el rey ropas brillantes.
y luego hace desfilas
cuatrocientos elefantes
á la orilla de la mar.

La princesita está bella,
pues ya tiene el prendedor,
en que lucen, con la estrella,
verso, perla, pluma y flor.

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar:
tu aliento.

Ya que lejos de mí vas á estar,
guarda, niña, un gentil pensamiento
al que un día te quiso contar
un cuento.

Un amigo verdadero es el mayor de todos los bienes.

—La tierra es la fuente de todas las riquezas.

23.—Devón

Qué triste y qué sola está la vieja casa solariega!¹

Emplazada allá, en lo más alto de la colina, rodeada de elevados muros, su recia fábrica de adobes y de teja, que resistió serenamente el discurrir del tiempo y la sacudida de los terremotos, parece un monumento del pasado.

Mi amigo y yo somos los últimos pobladores de aquellos espaciosos aposentos, donde vivió un día una de las familias más numerosas del país.

Cuando subo por la amplia escalera de granito y entro en el recinto, mi paso es solemne y respetuoso; los cuartos silenciosos, los corredores interminables, los patios mudos, todo tiene el aspecto de una gran pesadumbre: hasta los jardines están mustios por la sequía y el abandono: en un arriate una planta de *pastoras* muestra el regocijo de sus flores de carmín.

Dos compañeros tenemos mi amigo y yo en aquella soledad: un perro y una gatita.

El perro es un robusto cachorro danés: desconozco su ascendencia, pero en él todo revela una prosapia² nobilísima y no me sorprendería al saber que tiene un

¹ Antigua y noble.

² Ascendencia.

primo entre los alanos favoritos de la corte de un Emperador. La gatita es una humilde *morisca* igual á todas esas que roncan junto á los *tinamastes* del fogón del pobre ó que aplacan su hambre con los saltamontes verdes, bajo la luz potente de las lámparas de arco.

*

La soledad ha hecho del perro y la gatita dos inseparables compañeros: generosamente comparten la comida, y un día que ella logró atrapar una hermosa rata gris, no la probó antes de ofrecerle una parte á su compañero; el perro por galantería trató de comerle un muslito siquiera á la presa, pero su estómago aristocrático no le permitió gustar de tan plebeyo y desagradable manjar. Después de la vana tentativa, se tendió en el piso y cerró los ojos, haciéndose el dormido, para no ver á su compañera entregada al sangriento festín.

Siempre que yo entraba á la casa venían á encontrarme á la cancela de hierro el perro y la gata; me seguían hasta el cuarto y allí espiaban todos mis movimientos y me hacían menos dura la soledad.

*

La gatita un día se enamoró.

Lo supe por el perro que fué solo á en-

contrarme á la cancela y que me lo dijo todo con su inteligente mirada.

Ya sabía yo que aquel día llegaría y pensaba en los sufrimientos que debía experimentar Devón, que así se llamaba el alano.

Había en su mirada aquella tarde una tristeza que me hablaba de su hondo penar; cachorro aún, no se explicaba por qué lo había abandonado la compañera buena y gentil.

Por la noche, el perro recorría ladrando todos los corredores, mientras la gatita, sobre el espinazo de las cumbreras, pasaba las horas en compañía de un gran gato negro.

*

Devón y la gatita volvieron á ser amigos. Yo los ví reconciliarse. Ella se acercó melosa con otra rata gris en el hocico y él la perdonó generoso, echando un velo sobre lo que había sucedido.

El perro tuvo un día una sorpresa muy agradable: la gata tenía cuatro gatitos que temblorosos y canijos se aferraban á las mamas y chupaban desesperadamente.

Devón los adoptó como hijos, los mimaba y cuidaba vigilante cuando la madre salía á descansar del rabioso mamar de los mininos.

Horas enteras pasaba Devón contemplándolos: aquella madre tendida sobre los pliegues de una vieja levita que ha-

bía escogido como lecho, y los cuatro minúsculos hijos, le hablaban de ternuras que él no podía comprender, pero que parecía adivinar.

Un día el gato negro, padre de los mininos, tuvo la diabólica idea de matarlos.

Yo ignoro como pudo burlar la vigilancia de la *Morisca* y el Devón; su arteria y probablemente la costumbre lo llevaron hasta el tibio nido y allí á zarpazos, brutalmente, pringando de sangre las paredes, mató á sus débiles hijos.

*

Cuando llegué aquella noche, no fueron á encontrarme á la cancela los dos animales; penetré en la casa sintiendo más honda y severa la soledad, pues ya estaba acostumbrado á que me escoltaran.

En un rincón, la pobre gata limpiaba cuidadosamente con su lengua de esmeril la sangre que cubría sus cachorritos muertos, ya fríos y rígidos, y en vano los abrigaba con la pelusa de su vientre para infundirles calor.

Al Devón lo encontré en el jardín, al pie de una elevada araucaria, mirando con ojos vengadores la rama más alta del árbol, en la cual, con la cola erizada y los ojos fulgurantes, bufando con rabia demoniaca, estaba el gato negro, el felino parricida, cuya figura de Satán vencido, se proyectaba con siniestra negrura sobre el disco radioso de la luna!

24.—Golondrinas

En el azul de los cielos
y en forma sencilla y gráfica,
de la línea telegráfica,
los alambres paralelos
un pentagrama formaban,
y sobre ellos, peregrinas,
dos amantes golondrinas
gravemente reposaban.

La una fingiendo un bemol
y la otra un *si* sostenido,
habíanse detenido
cuando se ocultaba el sol.

A un eléctrico fanal
voló de pronto una de ellas,
y, al quemar sus alas bellas,
en el globo de cristal
la infeliz cayó aturdida.

Su compañera amorosa
corrió en pos de ella afanosa,
y pñando tan sentida,
revolaba sin cesar,
que una niña que esto vió,
«Dios mío» al punto exclamó,
«si la pudiera salvar!»

Un muchacho que jugando
estaba allí, se encariña
con la piedad de la niña,
y el poste enhiesto escalando,

ya llegaba placentero
al vivísimo fanal,
cuando un grave policial,
con ademán rudo y fiero
al chicuelo hizo bajar.

Presa de intensa emoción
y sintiendo, con razón,
las lágrimas asomar
á sus pupilas divinas,
se fué la niña hechicera
para que nadie la viera
llorar por las golondrinas.

Mas sus lágrimas en vano
pudo ocultar, pues, lloraba,
y los ojos se enjugaba
con el dorso de la mano.

Esa noche no durmió.
Qué iba á dormir... Pobrecilla...!
Recordando la avecilla
toda la noche pasó.

Con el alba diligente,
corrió la niña al fanal,
y al fijar en su cristal
los ojos, clamó doliente:

«No es una sola, gran Dios!...

.
.»

Con las alitas abiertas
y una junto á otra, ya muertas,
estaban allí las dos.

25.—La historia del girasol

Había una vez una linda joven llamada Clytia, que miraba con estraña persistencia á Apolo¹, cuando éste hacía su viaje cotidiano por el cielo; y desde que salía de su palacio por la mañana, hasta que se reclinaba por la tarde sobre el lejano mar de occidente, seguía su curso con ojos cariñosos, fijo el pensamiento en el dios de los cabellos de oro y suspiraba por su amor. Pero á pesar de toda esta devoción, ella no halló gracia y languidecía, hasta que los dioses, compadecidos, la convirtieron en un girasol.

Aun cuando cambió de apariencia, Clytia no echó en olvido al objeto de su amor; y, como un emblema justo de constancia, aún ahora vuelve la cara en pos del globo resplandeciente que hace su jornada cotidiana por el cielo.

«No, el corazón que deveras ha amado, nunca olvida, sino que deveras ama hasta el fin; parecido al girasol, que se vuelve para mirar con la misma cariñosa mirada á su dios cuando se pone como cuando se levanta».

MOORE

¹ El Sol.

26.—Primeras alegrías

Primer día de clases.

Con curiosidad rodeaban todas á la maestra; sus caritas dulces, delicadas, expresivas, observaban, interrogaban.

«Para qué nos habrán traído aquí?»

«Yo no sé leer, ni escribir».

«Servirá esta pizarra?» (La que en años anteriores usó la hermanita).

«Yo quiero irme con mi mamá».

Y la maestra tranquila y risueña, contestaba, acariciaba.

De pronto su mirada se detuvo; allá, en un banco de los últimos, una cabeza grande, muy grande, de ojos negros y apacibles, se inclinaba sostenida por una manecita muy pálida.

«Qué tienes?»

Y al ponerse la pequeña en pie, destacóse su figura extraña, deforme; su cuerpo encorvado, raquítico y débil, mal cubierto por un pedazo de paño muy negro; sus piesecitos semiencerrados en unos viejos zapatos de elástico.

Pobre flor, sin luz y sin aire! La debilidad, la pena, la doblegaban, la achicaban aún más, y entre lágrimas y sollozos suspiró: «Tengo miedo, no me haga nada».

La tristeza de los niños! Conmueve, enternece, subleva; y la de aquella pobre pequeña, era una tristeza grande, infinita.

Su alma desterrada del amor, en un

ambiente sombrío, sin la luz de una caricia, ni de una sonrisa, sólo sabía sufrir.

Su casa sería un hogar? No, allí no había cariño, no había bondad, no había bienestar...

Triste destino! Dicha, sol, plenitud de caricias para unos; y para la pobre abandonada, indiferencia, dureza, miseria.

La joven maestra la acarició...

«No llores, hijita, todas vamos á quererte, nadie te maltratará».

Y al sentirse amada, acariciada, como un rayo de luz entre la lluvia, sonrió entre lágrimas; sus ojos tristes miraron con una mirada indefinible, su corazoncito aún medroso tembló, sus manecillas, con gracia infantil, se extendieron como demandando amor.

Dicha, dicha inmensa y alta, la de aquella inteligente trabajadora del jardín infantil. No era acaso bastante llevar al interior de aquella alma una fragante brisa de alegría; encender en aquel corazón triste la serena y bienhechora llama del cariño y saber que nuestro amor había hecho florecer aquella primera planta de alegría?

Matilde Bonafil

27.—Las tres naranjitas

Pues una vez un príncipe se disfrazó de pobre—para correr el mundo buscando una doncella—que, por sus propios méri-

tos, sin interés ninguno,—su corazón le diera.

El príncipe la busca que tronos y coronas—y adoración merezca...—el príncipe la busca—mejor que rica, hermosa... mejor que hermosa, buena...

Anda que te anda por el mundo,—buscando su amor,—de fatiga y de sed muerto el príncipe,—á un castillo encantado llegó.

Con la sed que lo abrasa va y coge,—el príncipe ansioso,—de un naranjo verde,—tres naranjas de oro...

Parte la primera,—y cuajada de piedras preciosas—sale una princesa...

El príncipe le dice—que de sed y fatiga se muere;—pero ella, al verlo pobre,—se vá sin responderle.

Parte la segunda;—sale otra princesa—que, de tan hermosa, como un sol deslumbra.

El príncipe le dice—que de sed y fatiga se muere;—pero ella, al verlo pobre, se va sin responderle.

Parte la tercera:—la princesa que ahora aparece—se ve que es un ángel de humilde y de buena...

El príncipe le dice—que de sed y fatiga se muere,—y ella va, corriendo y en sus manos blancas—agua cristalina le trae de una fuente...

Esa es la que el príncipe—para esposa quiere...—la que va corriendo y en sus manos blancas—agua cristalina le trae de la fuente.

28.—Conmiseración

Sobre un carro, á la orilla del mar, están dos niños sentados. En sus rostros puede leerse la expresión del hambre y de la indigencia. Hijos del pecado, abandonados á sí mismos, trabajan para vivir. El más joven muerde un pan negro, recibido poco antes: el otro lo mira con ojos ávidos; está hambriento, pero calla. Aquella mirada ha conmovido al compañero...

—Tienes hambre? le pregunta.

—Sí! responde él más viejo.

—Toma! y le alarga todo el pedazo de pan.

—Y tú? le pregunta el otro con un hilo de voz...

—Yo he cenado ayer tarde; come sin cuidado..., y bajo los rayos solares, se echa en el carro, para olvidar con el sueño el sacrificio realizado. El otro devora el pan como si fuera un manjar exquisito.

Comprende ahora lo que quiere decir conmiseración!

29.—La plegaria de Isabel

Te ruego, ángel de mi guarda,
que descieras á mi alcoba,
porque tienen las muñecas
mucho miedo de estar solas;

que me digas un remedio
para Bétty, la pelona;
le arrancó la gata el pelo,
porque le mordió la cola.
El chinito por goloso
una mano tiene rota.
Se subió al aparador
por el palo de la escoba
y se vino de cabeza, dando vueltas,
á la alfombra.
Me da lástima Kukito;
ve si puedes ponerle otra.
Ya me sé todo el bendito
y lo digo de memoria;
pero apenas me preguntan
no recuerdo ni una jota.
Mándame una mata grande
de confites y melcochas,
de muñecos y vestidos,
de sombreros y de botas,
y de *cinco*s y de *diece*s
y de casas y de cosas.
Di á la virgen, pobrecita!
la enlutada, la que llora,
que no llore, que mañana
seré buena y estudiosa
y á la iglesia iré á llevarle
muchos lirios, muchas rosas.

30.—Las bateitas

En días pasados, caminando con mis
niños por los alrededores de la ciudad de

Alajuela, hallamos en los cercados de un lugar llamado «El Cornizal» un bejuco tendido sobre un árbol de poró, del cual colgaban muchas petaquillas; en el suelo habían algunas secas, divididas en dos mitades á manera de bateitas. Pocos juguetes de navidad les han gustado tanto como las mencionadas bateitas: con las frutas enteras hicieron yuntas de bueyes, vacas de leche, baules y maletas de ropa; con las que estaban secas, divididas ya, fabricaron buques de vela, bateas de lavar y otros utensilios domésticos; la ropita blanca, tan bien acomodada dentro de las petaquillas, les gustó en gran manera; ese día hubo corrales cercados para los ganados, ventas de ropa y muchos otros entretenimientos infantiles; lo único que no se les ocurrió fué usar las petaquillas á manera de peines ó cepillos de cabeza como lo hacen las doncellas indias en la península de Yucatán,¹ donde hay una planta de la familia de la que venimos hablando.

Pasado el primer impulso natural de los niños, examinamos el por qué de esa máquina complicada, compuesta de un nudo de suspensión, dos cubiertas laterales á manera de bateas, un anillo delicado, como de alambre, que las une, un diafragma² interior que separa las semillas y

¹ En Méjico.

² Tabique.

éstas estibadas á un lado y otro, como mariposas con las alas abiertas, que esperan recobrar su libertad y un viento favorable para alejarse de la planta madre é ir á formar un nuevo tallo en lugares apartados de aquel que les dió origen. Durante la época del verano, las tapas se secan y contraen un poco, desprendiéndose en absoluto, dejando suspendido del bejuco el diafragma que soporta las semillas; éstas permanecen al descubierto hasta tanto que un viento favorable las desprende una en pos de otra y las arrastre levantándolas en el aire, de manera que se alejen hasta perderse de vista, como si la Naturaleza también á ellas les hubiese dicho: «Creced y multiplicaos, henchid la Tierra». En una sola de las petaquillas contamos 140 semillas y cada planta produce más de cien frutas; así, si todas hubiesen de germinar, se tendría una propagación de 14,000 por cada planta madre; pero luego vienen las desyerbas de las milpas y cafetales donde la mayor parte de esa generación perece y sólo aquellas que están protegidas por las cercas de piñuela llegan á su completo desarrollo. Las bateitas miden de quince á diez y ocho centímetros de longitud.

Editor: — J. GARCÍA MONJE